

EL MONCAYO (BREVE INTRODUCCIÓN)

El Moncayo. El monte sagrado. La montaña mágica. Cuando te acercas a él, su eterna y magnífica silueta lo domina todo. Omnipresente, te hace sentir pequeño e insignificante.



Fotografía de D. Javier Cortes Forcada

Desde tiempos remotos, diferentes civilizaciones creyeron que las montañas eran morada de dioses, bien por encontrarse más cerca del cielo, bien por las tormentas, tempestades e irreales nieblas que en ellas se desatan y habitan. Y el Moncayo no podía ser menos. Todo en él es especial. Su cumbre, somontano, pueblos, rocas, bosques, fuentes y ríos conservan algo mágico, que te impregna, seduce y hace sentir poseído por fuerzas sobrenaturales. Historias de Hércules, brujas, aquelarres, encantamientos y endemoniados, hacen surtir este fascinante y sobrecogedor hechizo.

Frontera natural de tres reinos: Castilla, con Soria a sus espaldas; Navarra, justo encima; y Aragón, a sus pies. El "Mons Caunus" (monte cano o canoso), nombre que le dieron los romanos seguramente por las permanentes nieves de sus cimas, constituye una auténtica "isla biogeográfica" repleta de vida, humedad y verdor.

Montaña mimada por las nubes y brumas atlánticas que capta su magnífico e impresionante volumen y elevada altitud (2.315 m.), siendo ésta la más alta de la Cordillera Ibérica. Nada hay alrededor que arrobe su presencia o suavice su omnipotencia. Sus cumbres son un auténtico prodigio de la naturaleza que emergen desde los 1.000 m. del somontano.



Fotografía de D. Javier Cortes Forcada

La formación del macizo del Moncayo tuvo lugar en la Era Terciaria como consecuencia de los movimientos alpinos. Los materiales rocosos más característicos son areniscas, cuarcitas y pizarras, adosados a las cuales se encuentran materiales más modernos de tipo calcáreo. En sus laderas pueden apreciarse restos de huellas glaciares, destacando los circos conocidos como Pozo de San Miguel, San Gaudioso y Morca.

Encontrado en plena región mediterránea, con claros matices continentales, se podría decir que su clima está en una zona de transición entre el de la depresión del Ebro y la meseta soriana. La mayor intensidad de precipitaciones se da en otoño y primavera, mientras que en verano son las tormentas quienes hacen acto de

aparición, siendo el invierno largo y frío. Conforme se asciende en altura, se imponen unas matizaciones climáticas diferentes, consistentes en un aumento de las precipitaciones y descenso de las temperaturas.

Debido a su altitud y situación, el Moncayo intercepta buena parte de los frentes nubosos que, procedentes del Atlántico, se encauzan por el valle del Ebro. Esto hace que se produzcan generosas precipitaciones en el macizo, gozando así de un microclima marcadamente húmedo. Por ello, aparecen formaciones vegetales propias de los climas más templados y lluviosos del norte de España y Centroeuropa. Es pues, el Moncayo, una "isla atlántica" en un ambiente o zona notablemente mediterránea.

Si vamos ascendiendo desde el somontano, primero encontraremos una vegetación rala dominada por matorrales mediterráneos. El suelo, en general, es muy escaso y devastado por la erosión causada por siglos de pastoreo, talas e incendios. En estas condiciones, la cubierta vegetal está compuesta por plantas que subsisten a las limitaciones existentes, siendo a la vez muy importantes como freno de la erosión.

Coscoja (*Quercus coccifera*), romero (*Rosmarinus officinalis*), tomillo (*Thymus*), lavanda (*Lavandula spica*), aliaga (*Genista scorpius*), jara (*Cistus albidus*), miera (*Juniperus oxycedrus*), encina (*Quercus ilex*), quejigo (*Quercus lusitanica*), gayuba (*Artostaphyllum uva-ursii*), majuelo (*Crataegus monogyna*), endrino (*Prunus spinosa*), y rosal silvestre (*Rosa canina*), son los máximos exponentes de la vegetación de esta zona.

Entre los 950 y 1.300 m., y coincidiendo ya con la entrada al Parque Natural de la Dehesa del Moncayo, el aumento de las precipitaciones hace que domine el bosque de rebollar (*Quercus pyrenaica*). No obstante, es en esta zona donde llama la atención la abundancia de pino silvestre (*Pinus sylvestris*), debido a las intensas repoblaciones que de éste se llevaron a cabo. Mezclado entre los dominantes anteriores, coexiste el arce Montpellier (*Acer monspessulanum*) y el Acer campestre, así como el guillomo (*Amelanchier ovalis*).

Entre los 1.300 y 1.800 m., el descenso de temperaturas unido al aumento de precipitaciones y las frecuentes condensaciones de nieblas, hacen que las condiciones sean favorables para que aparezca el bosque de hayas (*Fagus sylvatica*), el cual domina casi en exclusiva esta zona, siendo el hayedo del Moncayo uno de los más meridionales de Europa y, por ello, testigo vivo de pasadas épocas de clima más lluvioso y templado.

No obstante, en este piso y hacia el este, donde las condiciones de humedad son menores, la haya es sustituido por el roble carballo (*Quercus petraea*), serbal de cazadores (*Sorbus aucuparia*), serbal blanco (*Sorbus aria*), arándano (*Vaccinium myrtillus*), acebo (*Ilex aquifolium*) y sauquero (*Sambucus racemosa*).

En los barrancos o zonas donde hay cursos de agua o manantiales y, por tanto, se anegan los suelos y hay mayor condensación de humedad, aparecen el álamo temblón (*Populus tremula*), diversas especies de sauces (*Salix atrocinerea* la más común), cornejo (*Cornus sanguinea*), sauco (*Sambucus nigra*), chordón



Fotografía de D. Javier Cortes Forcada

(*Rubus idaeus*), fresno (*Fraxinus excelsior*), tilo (*Tilia platyphyllos*), avellano (*Corylus avellana*) y abedul (*Betula verrucosa*), siendo éste una auténtica joya dentro del Moncayo, al tratarse de una especie boreal que quedó atrapada aquí al retirarse los hielos de la última glaciación.



Fotografía de D. Javier Cortés Forcada

Por encima de los 1.800 m., y hasta las cumbres del macizo, donde la climatología es especialmente dura (nieve, hielo, viento), se reduce la vegetación leñosa, por lo que las plantas adquieren un porte rastrero pegándose al suelo: piorno (*Cytisus purgans*), brezo (*Erica arborea*), enebro común (*Juniperus communis*), sabina (*Juniperus sabina*), tejo (*Taxus baccata*) al abrigo de afloramientos rocosos y, por fin, pino negro (*Pinus uncinata*), último exponente del bosque en altitud.

Si la vegetación es fascinante, la fauna no es menos sorprendente: mirlos, picopicapinos, petirrojos, zorros, jabalíes, tejones, corzos, águilas calzadas, reales y perdiceras, piquituertos, treparriscos, alondras, chovas piquigualdas, etc., entre cientos de otros animales que harían una lista extensa, casi interminable.

El Moncayo, desde 1.978, fue declarado Parque Natural para preservar y salvaguardar los elevados e importantísimos recursos naturales de que goza en la práctica totalidad de los aspectos, fundamentalmente ecológico, biológico, paisajístico y, cómo no,

micológico.

En un principio, las hectáreas fueron 1.380, habiéndose ampliado recientemente a 9.848, existiendo un Patronato del Parque Natural del Moncayo formado por el Gobierno de Aragón, la Diputación Provincial de Zaragoza, nueve municipios de la comarca, federaciones deportivas y agrupaciones agrarias y ecologistas.

Así, dentro del Parque del Moncayo, se establecen o definen cinco sistemas ecológicos:

- 1) Los valles e interfluvios de los ríos Queiles y Val.
- 2) Los somontanos.
- 3) El piso basal.
- 4) El piso montano y subalpino.
- 5) La vertiente sur.

Los objetivos del Parque son, además de la conservación de los valores naturales, la cohesión entre las vertientes norte y sur, la diversificación de usos y la contribución al desarrollo de las localidades que lo integran.

Así mismo, el Moncayo cuenta con bellas e interesantes localidades de hermosa planta en medio de la naturaleza que forman espectaculares estampas dignas de ser admiradas. Desde el balcón de El Buste, desde la Valleluenga en Trasmoz, desde las Peñas de Herrera en Talamantes; poblaciones como Borja, Torrellas, Los Fayos, San Martín, Santa Cruz, Añón, Grisel, Calcena, Litago, Lituénigo, Alcalá, Malón, Novallas, Vera, Vierlas y, por supuesto, Tarazona, la capital de la comarca. Ciudad romana y mudéjar, sede de Cortes con los Reyes

Católicos, lugar de consagración del Cardenal Cisneros. La Triasu celtibérica, Turiaso romana, Tirasona visigoda. Su centro histórico está protegido por méritos propios, el ayuntamiento renacentista con el friso que recoge la coronación de Carlos I, su catedral, su plaza de toros habitada y el mudéjar, el mudéjar por cualesquiera de sus rincones.



Fotografía de D. Javier Cortes Forcada

No quisiera terminar estas líneas sin citar el Monasterio de Veruela. Situado a un kilómetro de Vera de Moncayo, verdadera joya del Cister en Aragón, abandonado con la desamortización de Mendizábal (1.835), y en fase de restauración por la Diputación Provincial de Zaragoza, está actualmente destinado a usos culturales: exposiciones, conciertos, etc.

Mandado construir por don Pedro de Atarés, señor de Borja. Cuenta la leyenda que durante una cacería, al caer la noche, éste se perdió en medio de una fuerte tormenta; tras invocar a la Virgen, ésta se le apareció, le mostró el camino que debía tomar y le pidió que levantara un templo en su honor. Así fue como nació el Monasterio de Veruela en el año 1.145, siendo el mismísimo San Bernardo quien lo bendijo.

Su organización es típica de los monasterios cistercienses. Franqueada su muralla por una importante puerta bajomedieval, se llega a un paseo de árboles que nos conduce a la iglesia, de grandes dimensiones, en la que destaca la puerta con arquivoltas que descansan sobre capiteles decorados con motivos vegetales y geométricos entrelazados. En el interior encontramos tres naves con bóvedas de crucería. Una puerta comunica la iglesia con el claustro (gótico en su planta baja), con grandes ventanales de arcos apuntados y decorados con tercerías. Uno de sus lados estaba destinado a la lectura, llamado también "Claustro de la Colación" o de las "Completas".

Al claustro se abren las distintas dependencias, como la sobria sala capitular, con una bella portada formada por arcos con finas columnas que soportan las bóvedas de crucería. Se pueden ver tumbas, algunas decoradas con pinturas murales francogóticas. El lavatorio, de estilo gótico. El refectorio, del siglo XVI, construido sobre los muros del primitivo; y el "scriptorio".

En el siglo XVI se construyó una galería plateresca sobre el primitivo claustro, decorada con motivos vegetales grotescos y medallones con figuras humanas.

Al Monasterio de Veruela llegó en el invierno de 1.863 Gustavo Adolfo Bécquer y todo aquello le pareció un "país virgen", una maravilla de la naturaleza. De aquí obtuvo un buen puñado de materiales narrativos ("Cartas desde mi celda", entre otros), viajes en diligencia y, sobre todo, cura para sus males en ese aire limpio que aullaba por entre los resquicios del desamortizado monasterio cisterciense.

¡Cuántas veces, al pie de las musgosas
paredes que la guardan,
oí la esquila que al mediar la noche
a los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi silueta
la luna plateada,
junto a la del ciprés, que de su huerto
se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
de su ojiva calada,
¡cuántas veces temblar sobre los vidrios
vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros
de la torre silbara,
del coro entre las voces percibía
su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso
por la desierta plaza
se atrevía a cruzar; al divisarme
el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno
dijese a la mañana,
que de algún sacristán muerto en pecado
acaso yo era el alma.

A oscuras conocía los rincones
del atrio y la portada;
de mis pies las ortigas que allí crecen
las huellas tal vez guarden.

Los búhos que espantados me seguían
con sus ojos de llamas,
llegaron a mirarme con el tiempo
como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles



se movían a rastras;
hasta los mudos santos de granito
creo que me saludaban.

F. Javier Cortés Forcada